

## **EL ESPACIO POÉTICO**

---

**ELSA LÓPEZ RODRÍGUEZ**  
ACADÉMICA CORRESPONDIENTE

---

En nuestra memoria existen innumerables paisajes que van asociados a la infancia y sus raíces; hay lugares que relacionamos con momentos determinados de nuestra vida y lugares que identificamos con lo que odiamos o lo que amamos. Los recuerdos ocupan un lugar y, en la mayoría de los casos, esos lugares conforman nuestro paisaje interior, aquel en el que nos quedamos sumergidos o por el que paseamos en solitario. Esos paisajes son un pretexto para buscarse uno a sí mismo y luego reconocerse; un tránsito, un camino, elegido y sopesado, para alcanzar el descubrimiento de lo que somos o de lo que queremos ser. A partir de la reestructuración empírica del espacio en que vivo, he llegado a la organización de mis propios paisajes interiores; a la construcción mágica de un paisaje íntimo mediatizado por la memoria. Poder atrapar el espacio y dejarlo reducido a unas coordenadas que identifico con mis sensaciones más primarias, es la conquista más importante que he hecho gracias a la poesía. Me describo en el paisaje y el paisaje me sirve de excusa para retratarme en él o a través de él. El poema mismo se convierte en paisaje y en la enumeración de los seres que lo habitan aparece una cosmogonía que define claramente cómo concibo el mundo. Gracias a la poesía he ocupado lugares que serán sólo míos. Ellos forman mi universo personal y poético y ya nadie podrá arrebatarme ese poder.

El escritor, y más aún el poeta, expresan el sentir de una sociedad que cree, piensa y se comporta de una forma determinada debido, entre otras causas, a la influencia de los elementos geográficos y climatológicos que lo rodean y lo cercan de forma natural y de forma natural actúan sobre él. Nuestro carácter, incluso nuestra conducta social, aparece así marcada por el entorno. El individuo es enajenado por una naturaleza que le es, constante y contradictoriamente, atractiva y adversa y que condiciona sus actitudes a nivel psíquico y social. Algunos de esos comportamientos llegan a ser de carácter patológico. Una de esas grietas por donde emerge el conflicto es la melancolía, la bilis negra de los griegos; la "melancholia" latina que la Real Academia de La Lengua explica como una "tristeza vaga, profunda, sosegada y permanente, nacida de causas físicas o morales que hace que no encuentre el que la padece gusto ni diversión en ninguna cosa". La melancolía, no es rencorosa ni amarga, es sólo asombro ante la ausencia de algo. La melancolía en su vertiente irónica, es una forma de desvelamiento de la realidad desde una medida diferente. El nostálgico que, irónicamente y sin acritud, se relaciona con los recuerdos, tiene en sus manos un arma poderosa capaz de controlar la realidad sin que ésta se apodere de él y pueda llegar a dañarlo.

En los habitantes de las islas, los sentimientos de soledad y de melancolía marcan unas pautas de conducta totalmente distintas a las continentales. Los que habitan en la

costa no pueden menos de sentir la secreta armonía entre las mareas y la vida de los animales, de las plantas y del hombre. En la marea creciente ven ellos una representación de la exuberancia, de la prosperidad y de la vida, mientras que en la marea menguante perciben un símbolo de decaimiento, debilidad y muerte. El mismo mar que les aísla y sumerge, los protege y se levanta como una muralla para impedir la llegada de los males que habitan en otros lugares de la Tierra. Por el mar les llega la soledad y el aislamiento y por el mar les llegan las islas encantadas, el amor idealizado y los héroes mitológicos. Su mundo son referencias al agua, al olor de las mareas, a los barcos, al azul. Crecen con él y lo aceptan, sin saberlo, como una parte de sí mismos. El isleño vive rodeado de espacios infinitos que se abren a un horizonte ilimitado, por eso tiene la idea de lo cotidiano unida a la idea de infinitud.

“Yo tengo un a priori que llaman infinito  
al que los niños tristes pintan de azul cobalto.  
Es lineal y concreto, lejano, interminable.  
Se mueve con el aire,  
con las nubes se extiende y determina.  
Los niños, cuando juegan, le dicen varios nombres  
y reposan en él con los brazos en cruz, como gaviotas.

Apunto: a veces pasan barcos.”

\*\*\*\*\*

“Me he sentado a contemplar el mar.  
Esa imagen redonda,  
ese dorado espacio donde navegan barcos de cobre y de desierto.

Pinceladas corinto,  
cobrizas, terracotas,  
recogen en el dinos el olor de las olas  
y el suave movimiento de los peces sin rumbo.

Y en ese mar de vino,  
por ese cuenco oscuro  
que el pintor de Antímenes  
dejara en el arrullo profundo de los sueños,  
cinco penteconteras y un delfín plateado  
naufrajan en silencio  
en un ponto de arcilla circular e infinito.”

El mar es una presencia inocente pero inevitable que le hace sentirse decepcionado al sugerirle empresas venturosas y cambios heroicos, difíciles de alcanzar. Nadie se siente decepcionado de aquello de lo que nada espera, la decepción se produce, precisamente, cuando uno espera hallar algo y no hay nada. El mar, pese a tenerlo cerca, no se puede poseer; el mar es inabarcable, cambiante e inaccesible; y si no lo tiene cerca, si no es visible, la sensación de impotencia se hace aún mayor. La carencia de algo provoca su necesidad y cuando la necesidad es de un objeto imposible nace la impotencia, pero cuando es posible nace la nostalgia y, de forma exacerbada, la utopía. El habitante

de las islas no sabe que le falta el mar hasta que no se aleja de él y deja de percibirlo, y ese día le nace la nostalgia como una partícula más de la conciencia. La ausencia de mar le hace magnificarlo y comienza a recrearlo, a reconstruirlo de nuevo. La ausencia de islas, como la ausencia de mar, conforma una cierta forma de melancolía, una cierta manera de mirar el mundo que le hace escribir y tener ensoñaciones que no tendrían los que no conocen el mar.

“Nadie te reconoce en la playa vacía.  
La arena forma ríos sobre tu piel secreta  
y yo te acuno, sombrío y melancólico,  
perdida la noción del tiempo y la distancia.  
El alba se derrama por las paredes blancas  
de tu cuarto sin lunas.  
Yo soy sólo un camino de ladrillos y pájaros  
por el que tú regresas a ser lo que imaginas,  
lo que realmente eres desnudo en las orillas.”

*(Al final del agua)*

Los paisajes ocupan un lugar particular en nuestro mundo interior y ese lugar se identifica con el que la nostalgia nos hace desear o añorar por lo que, invariablemente, escribimos el mismo libro y hablamos de los mismos temas. Los lugares, las personas y los objetos que pertenecen al mundo real son desplazados a ese otro de la literatura, pero no por eso varía su proporción o su verdadera esencia. Poemas escritos en determinadas circunstancias pueden ser aplicados a otras totalmente dispares. Sentimientos o emociones que transcurren en espacios establecidos se aplican a espacios nuevos y generan las mismas sensaciones. Si alguna vez el poeta habla de árboles o de frutas son, aparentemente, árboles y frutas de cualquier parte aunque el lenguaje los coloque en una situación definida. La intemporalidad de los objetos designados en un poema, unida a la inestabilidad del medio en que se hallan situados, forman parte del desconcierto y la magia poética. En mis poemas hay tiempos diferentes aunque parezcan los mismos; de la misma manera que hay espacios diferentes que parecen iguales. El dolor es uno y múltiple, al igual que los paisajes que acometo cuando intento describir el mundo del que formo parte.

“Por eso a sus amigos les dice casi siempre  
-sin temor a equivocarse-  
que la imagen constante e invariable del mundo  
nunca fue la redonda.  
Que el universo tiene la curva exacta de su patio  
(los árboles son frases referidas:  
“más grandes”, “menos verdes”, “más altos”  
que esa larga palmera que cubre su ventana).  
Que quiera o no lo quiera,  
el mundo tiene aspecto de almendra,  
de dátil, de guayaba.”

*(El patio, La Fajana Oscura)*

En octubre de 1994, escribí sobre las diferentes miradas que los escritores lanzan

sobre su entorno y cómo, aunque la realidad de la que hemos partido sea la misma, esas miradas son distintas y por eso nuestra forma de referirlo es también diferente, y por eso hay coincidencias en los términos utilizados, en las sensaciones descritas y en el ritmo con que son transmitidas. Yo escribo sobre espacios determinados desde ese lugar íntimo del alma al que los demás difícilmente pueden tener acceso. Reconstruyo el mundo que conozco y recuerdo, a través de la escritura, determinados espacios que creo perdidos. Cuando el poeta escribe sobre lo que carece, hace referencia a lugares que ya no volverá a ver, a países que nunca llegará a visitar, a culturas y paisajes que nunca podrá conocer. De seres imposibles casi siempre.

“Cuando el viento estremece las ramas de las acacias  
y siento que es ya otro tiempo,  
y abro en las esquinas la puerta de la sombra,  
y mi pecho se inunda de bruma,  
y recuerdo que hay entre encinas lúgubres  
los primeros restos de escarcha,  
yo vuelvo a La Palma.  
Cuando el humo de los tugurios me araña los ojos  
y de los labios se me deslizan comisuras blancas,  
y hay espuma en mis sienes,  
y el olor del asfalto se me pega como un sudario a la nuca,  
y recuerdo que agazapados en sus cubiles  
hay hombres que no conocen el mar,  
yo vuelvo a La Palma.  
Cuando se me extravía la mirada en los límites de las mesetas  
y observo que más allá hay tierra todavía,  
y las nubes se estrechan como arañazos  
a lo largo de un horizonte de tierra devastada,  
y recuerdo que si abro mi ventana  
no veré ahora el mar,  
yo vuelvo a La Palma.”

(La nostalgia, *El viento y las adelfas*)

El deseo de exploración del universo que nos rodea, nos conduce al ensimismamiento; al comienzo de un largo viaje hacia nosotros mismos. Cuando el individuo se repliega, la casa es el lugar donde se fortifica y donde el proceso se hace más evidente. Y así nos llega, entre otros, ese descubrimiento de la casa como un recinto mágico que nos aporta innumerables riquezas. Y, por las mismas razones, nos llega el descubrimiento de la ciudad como una prolongación de la propia casa. Cuando los animales eligen un espacio para vivir, marcan, dejan su huella para evitar intromisiones y para indicar qué es lo suyo y hasta dónde llega su poder. El ser humano hace lo mismo: marca, deja su huella, y no sólo porque firme unos documentos que le avalan como propietario de ese territorio, sino porque el habitar un lugar, el ocuparlo, lo confirma como dueño de las acciones que a partir de ese momento se llevarán a cabo en él. La protección del espacio que ocupa, su transformación, aparecerán como responsabilidades exclusivamente suyas. La arquitectura cumple una función muy especial dentro de este contexto al que hago referencia. Es la respuesta de los hombres frente a la naturaleza; su forma de explicar su presencia en ella. Cuando visitamos una ciudad analizamos su arquitectura como una realidad concreta. Pero luego hacemos una segunda lec-

tura de carácter simbólico y acabamos entendiendo la utilización del espacio como una forma más de expresión humana, es decir: cultural. Hay ciudades reales y ciudades posibles y el lenguaje poético las reconstruye de nuevo cuando hacemos referencia a ellas. “A las ciudades las construyen las piedras y las mitifican las palabras” (Luis Mateo Díez en el prólogo del libro “Reloj de sol”). Por esa razón podemos hablar de arquitectura poética y utilizar la ciudad como pretexto.

“La ciudad es un reloj de arena  
flotando sobre el agua,  
una torre de alas,  
un pájaro de nubes.  
La ciudad es un jardín de tejas,  
es un gran tragaluz  
de cristal y emplomado  
por donde filtra el cielo  
infinidad de estrellas.  
La ciudad son palmeras,  
balcones sobre el aire,  
cascadas de cemento,  
jirones de cal blanca.  
La ciudad es un río,  
caminos circulares,  
montañas imposibles.  
Una alfombra de niños  
y palomas azules.

Es una jaula clara  
con ventanas al sol.”

“Hay casas que se construyen mirando a alguna parte,  
hacia el mar, las montañas.  
Esta casa ha sido fabricada mirándose a sí misma,  
recogida en sí misma.  
Su belleza se guarda  
en el útero cálido de su patio infinito.  
Hay casas que son fachada,  
mirador,  
puertas de plomo...  
Hay casas que son niños,  
pañuelos,  
tendederos de ropa,  
sopas de miel y almendras.  
Hay casas que son flores,  
baldosas de cemento,  
muchachos en la escuela.  
Y hay casas que son patios,  
luciérnagas,  
espejos...  
y el patio es como el alma

-aún viva- de la casa.  
 En la Casa Cabrera,  
 los techos son guirnaldas  
 y lazos de miel blanca  
 en lunas de agua verde.  
 Y el reloj da la hora  
 desde el espacio abierto  
 de una pared de piedra  
 y plantas trepadoras.  
 Tras las rejas fundidas,  
 águilas y banderas desfilan silenciosas  
 por un campo esmeralda.”

“Aquí la luz se abre,  
 se extiende al interior,  
 penetra por las bóvedas  
 y alcanza  
 -como una tromba dulce-  
 los árboles del patio.  
 Aquí la lluvia nace,  
 aumenta y se desploma.  
 Se inclina en las barandas,  
 recorre las paredes,  
 los arcos rebajados,  
 las columnas de arista.  
 Aquí crece la vida,  
 florece el árbol mágico.  
 Mariposas de cartón  
 anidan en el arco  
 -azul y transparente-  
 del viejo lucernario.  
 Revolotean el sueño  
 de los hombres que habitan  
 detrás de cada puerta.  
 Se posan en sus libros  
 de cuentas infinitas,  
 y se mueren -de cristal-  
 detrás de los montantes  
 que dan al Paraíso.”

*(La casa Cabrera)*

La arquitectura de una ciudad es un espacio para la memoria. En ella podemos recorrer el territorio íntimo y el espacio físico. A veces los recuerdos –acelerados, lentos, nítidos, borrosos, caóticos– nos llegan como si fueran una serie de fotogramas que debemos ordenar, distribuir, descolocar, pervertir o borrar para siempre. Cuando nos vuelven los recuerdos uno tiene miedo a lo imprevisto, a encontrarse de nuevo con lo que ha sido y a lo mejor ya no desea ser con ese pasado que nos obliga a reconocer lo que fuimos, en lo que fracasamos y lo que hemos inmolado en el camino. Pero, a veces,

nos vuelven imágenes transparentes, alegres y luminosas que nos hacen ruborizar como a adolescentes y que nos dejan paralizados por la ternura. En ese momento, la poesía juega el papel de elemento catalizador. Ella ordena y ese orden se cubre de significado.

### LA CASA

*Nadie puede impedirlo.*

*Registra en las palabras el dulce genocidio de una sola familia  
crecida, amamantada y mortificada cerca de las orillas de un mar inalcanzable.*

*Y no presume por ello.*

*Sólo dice que se crió en la calle  
-camino empinado y de piedra-  
que la casa era hermosa,  
y que por ella es lo que ahora escribe.*

(*La Fajana Oscura* 1989)

La casa es un sistema de signos demostrativos del medio en que está situada. Porque una casa no es sólo un lugar donde vive un número de personas; no es sólo un conjunto de piedras que les aísla del calor y la lluvia; sino un espacio donde se decantan desde el estatus económico de sus habitantes hasta las relaciones que guardan con los demás miembros del grupo. En el plano simbólico podemos considerar la casa y sus signos como un universo lleno de significados que enriquecen a quienes la vivieron y a quienes la contemplamos. Su existencia y su resistencia nos demuestra que la “voz” de esa casa está viva; que nos habla de lo que significó en su día cuando otros la habitaron y de lo que significa todavía a pesar del tiempo. Las casas de un lugar son la suma de vidas y de formas de entender el universo. Hace poco, en una entrevista a varios autores en la que se debatía el tema de la globalización yo dije “mi casa es el mundo”. Ante la aparente pobreza de mi respuesta, el periodista, un muchacho joven para quien el mundo era algo que estaba muy lejos del lugar en que me imagino malvivía, quiso saber cuál era el concepto que tenía del mundo, no del que habitaba, sino de ese otro que conformaba mis ideas. Me interrogó sobre el tema y tuve que explicarle que lo que había dicho, sin pensar y de manera espontánea, era, en definitiva, una declaración de principios que había comenzado a asumir desde que empecé a crecer por dentro y a tomar conciencia de lo que realmente era. Es decir, que soy aquello que he construido dentro de mí.

El desvelamiento de la casa como un lugar en el que revierte el universo entero hasta llegar a ser una cosmogonía en la que tú controlas y das vida a cualquier tipo de seres y fantasmas, es uno de los descubrimientos que hacemos a la vuelta de todo. A esta curiosa y aparente reducción de las cosas que me rodean, vienen a parar mis conclusiones. Y digo aparente porque la reducción no es tal, al contrario: conforme fui cerrando puertas que daban a la calle, el mundo se fue haciendo más y más ancho. El paso de los años ha ido cerrando el círculo y lo que a simple vista parece un egocentrismo casi absurdo, no es más que una interpretación muy personal del universo.

“Por eso a sus amigos les dice casi siempre  
-sin temor a equivocarse-  
que la imagen constante e invariable del mundo

nunca fue la redonda.

Que el universo tiene la curva exacta de su patio  
 (los árboles son frases referidas:  
 “más grandes”, “menos verdes”, “más altos”  
 que esa larga palmera que cubre su ventana),  
 que quiera o no lo quiera,  
 el mundo tiene aspecto de almendra,  
 de dátil, de guayaba...”

(*La Fajana Oscura* 1989)

Conforme se desarrolla el mundo interior y las moradas del alma crecen y se multiplican, las paredes de la casa se van haciendo más y más transparentes. Como una enorme cristalera abierta al exterior, podemos observar desde ella lo que sucede fuera y lo podemos analizar con un espíritu cercano al de un paciente y concienzudo investigador. Nos aplicamos en comprenderlo todo de la mejor manera posible. Y desde la soledad del ensimismamiento nos vamos haciendo más fuertes y generosos. La soledad sólo cumple su función de catarsis depurativa cuando el individuo encuentra un lugar de reposo y sosiego donde es posible escucharse a sí mismo. En la casa el individuo se vuelve hacia adentro, se repliega como un caracol. Al llegar a la intimidad se produce el despojamiento. La “epojé” heideggeriana del conocimiento se reproduce en el exterior y nos desentrañamos de lo que nos es ajeno. Al llegar al territorio que nos es familiar nos despojamos de prendas y abalorios para quedarnos en la desnudez de lo más personal y auténtico. Con el despojamiento se produce el descanso, la armonía y la liberación física, reacciones semejantes a las del alma cuando se libera de ataduras y ornamentos para ser ella misma.

Hay un curioso paralelismo entre la casa que habitamos y nuestro cuerpo. Levantamos sus paredes con la misma intención de refugio, habitabilidad y necesidad de sosiego con que levantamos las moradas interiores. Conocido y controlado el espacio interior es fácil controlar el espacio exterior, aquel en que uno vive con todos sus objetos y accidentes. Cuando el individuo se repliega en sí mismo la casa es el lugar donde se fortifica, donde aparecen sus anhelos y sus necesidades, donde el proceso del ensimismamiento se hace más evidente. En todo este proceso la memoria juega un importante papel colocando las emociones y los objetos en el lugar que les corresponde.

A partir de los tres espacios poéticos que he citado, la isla, la ciudad y la casa, he podido reconstruir tres niveles de percepción diferentes contenidos los unos en los otros. Los tres se encuentran en mi poesía y ella me ha permitido rehacerlos paso a paso. El espacio se abre, a través de ellos, en círculos concéntricos que acaban accediendo a un todo. Conforme el círculo decrece, el espacio se hace más y más grande. La paradoja en mi poesía está en esa dicotomía apertura-cierre. Cuanto más parece cerrarse el espacio y hacerse más pequeño, la concepción del universo crece y se magnifica. La casa, situada en el círculo más pequeño, es un mundo de amplitudes tales, que en ella el poeta celebra el descubrimiento de su propio yo mirando hacia lo infinito y hecho ya a la idea de la comprensión del universo como un espacio único. Las palabras poéticas, llegado ese punto del discurso, son ya sólo una mera cadena transmisora.

En este largo paseo por los territorios de la memoria, mi última mirada ha sido para Córdoba. La ciudad de Córdoba construye su propia arquitectura poética y se convierte en protagonista, como un universo vivo que hay que aprender a mirar con ojos nuevos.

Las ciudades se relacionan con el arte, con la música o con la literatura de formas

muy diversas. Hay ciudades que miman a sus músicos porque ellas llevan la música dentro o porque durante siglos hicieron de la música un territorio común. Hay ciudades para el cine y hay ciudades para la poesía. Quizá Córdoba ha vivido de ella sin darse cuenta de ese rasgo esencial de su carácter. Porque el carácter de la ciudad de Córdoba es, fundamentalmente, poético. La luz, el aire de nostalgia, los atardeceres sobre el río, los aromas, esa lentitud en el andar de los paseantes, esa cautela en la forma de expresarse, etc., todo es una invitación a la introspección y al ensimismamiento. Hay una relación misteriosa entre la ciudad de Córdoba y sus poetas; entre la ciudad y el ritmo interior de quienes la habitan, la conocen y la reconocen en sus versos; para los que escriben y la describen. ¿Por qué caminos se llega a esta ciudad que te atrae desde lejos y te llama como en un canto de sirenas? ¿De dónde procede esa luz que te convierte en un ser absorto y te devuelve a la vida herido de no se sabe qué misteriosa pesadumbre?

Hubo un tiempo en que para mí Andalucía era sólo Granada. La casa de mis abuelos, el carmen de San José, el árbol prodigioso que daba aquellos frutos mágicos de los que saltaban pipas de color carmín, jugosas y ácidas. Delante del huerto había un granado y las tías me preparaban migas con aceitunas, uvas y granos de aquel árbol. Esa era la única Andalucía de la que yo tenía una constatación perfectamente clara. Granada era el frío, la calle Reyes Católicos y las procesiones silenciosas de una virgen de paño negro que llevaba siempre puestas las lágrimas de cristal. Andalucía era La Alhambra desde la ventana de la buhardilla donde la abuela pintaba los geranios del jardín con sus macetas y todo. Luego vino el colegio y aprendí otras cosas. Dónde estaba el mar, dónde Almuñecar y Motril. Y, poco a poco, dónde ríos y casas que llevaban otros nombres. Dónde Sevilla y Cádiz, tan diferentes a las procesiones de la infancia y a las tías de mantilla negra subiendo El Albaicín para seguirle el rastro a cristos agitanados y tristes, de perfil, casi siempre. Dónde Córdoba, la ciudad misteriosa que un día vislumbrara en la distancia en las crónicas poéticas de una profesora de historia del arte que me enseñó a amarla. Dónde La Mezquita y el agua punteada de garzas; dónde Maimónides y Averroes; dónde el mar que parece rodearla, que parece dorarla cuando atardece y los pájaros negros vuelven a los árboles del río.

En aquellos años de la adolescencia lo aprendí casi todo sobre ella o al menos lo suficiente para quedarme enredada a su recuerdo. Ahora, con los años precisos para entender muchas de las cosas que entonces se me escapaban a la hora de comprender lo que era la belleza, puedo decir que he vuelto a esta ciudad para llenarme el alma de imágenes, de olores y de sonidos que entonces no era capaz de percibir. Al vivir en ella, siento lo mejor de mí misma y agradezco la oportunidad de haber podido recuperar muchas de las cosas buenas que fui dejando en el camino. A veces, asomada al ventanal más alto de la casa, miro a lo lejos, más allá de la ciudad y la campiña y cierro los ojos y creo adivinar otras costas y puedo oler el mar y las islas a las que pertenezco. Sé que están lejos. Que tengo lejos una parte muy importante de mí misma. Pero también sé que hay otras orillas allá abajo en las márgenes del Guadalquivir; que me llega la brisa de Sierra Morena como si me llegaran los alisios del noreste refrescados por el Océano Atlántico, y que Córdoba me ofrece cada día un espectáculo tan enriquecedor que mi alma se pliega en la tristeza y me siento afortunada a pesar de la nostalgia.

### CÓRDOBA

“Es el atardecer sobre el puente romano.  
Millares de estorninos cayendo sobre el río  
formando velos negros y trenzas por el aire.

Córdoba son las garzas anidando en la orilla.  
 Es la luz del ocaso anaranjada y triste.  
 Son tus hombros dorados.  
 Es mi boca en tus hombros y el cielo por tu boca  
 y el grito de las nubes en la forma de un pájaro.

Córdoba es el silencio de las plazas sin nombre  
 por las que nunca pasas.  
 Es el amanecer por los arcos del claustro  
 pintados para siempre de azul y de azafranes  
 por las alas transparentes de un ángel.  
 Es la música deslizada en las piedras  
 como aceite lejano perfumado de almendras.  
 Es el rumor del agua de una fuente sin agua  
 y el chirriar de la lluvia al traspasar tus ojos.

Córdoba es caminar contigo en dirección al sol.  
 Es tu memoria y la mía  
 de esta vieja ciudad que tiene la apariencia  
 que tienen los domingos las ciudades del mundo  
 en las que tú no estás.  
 (Dormidas... ¡Y tan solas!) “

(*La Travesía*)

CÓRDOBA